

La literatura olvidada de Lucia Berlin

Isabela Sandoval Vela*
Pontificia Universidad Javeriana

Durante casi 30 años los relatos de Lucia Berlin estuvieron en el olvido. La escritora estadounidense, ganadora del American Book Award en 1991, pasó casi por completo desapercibida hasta que en 2015 se publicó, de manera póstuma, su libro de cuentos *Manual para mujeres de la limpieza*. El éxito fue tal, que una segunda compilación de sus cuentos, *Una noche en el paraíso* fue publicada en noviembre de 2018.

Las revistas de crítica literaria y la prensa la compararon con Ernest Hemingway y Raymond Carver; sus personajes (casi por completo autobiográficos) fueron caracterizados como malditos y trágicos. Todos ellos eran un eco de su propia historia y de su familia. Porque la vida de Berlin es en sí misma un relato digno de ficción: su alcoholismo, sus matrimonios fallidos, todos los trabajos que tuvo que hacer para mantener a su familia (incluyendo el de empleada doméstica) y todos los lugares donde vivió durante su vida le dieron material de sobra para inspirar sus relatos.

Lucia Berlin nació en Alaska en 1936 y durante sus primeros años de vida se trasladó constantemente por varios pueblos mineros de Estados Unidos gracias al trabajo de su papá como ingeniero de minas. La ausencia constante de su padre hizo que se criara con su madre –alcohólica– y sus abuelos, con quienes su madre no tenía una buena relación. Según asegura Berlin, la mayor parte de su tiempo la pasaba con una familia siria vecina. Desde este

* Literata de la Pontificia Universidad Javeriana. isabela.sandoval05@gmail.com

momento empezó su interés y cercanía con los inmigrantes, que sería definitiva en su literatura. Posteriormente se mudó a Chile, donde su papá consiguió un cargo que le daba estatus diplomático. Allí pasó varios años de su infancia y adolescencia haciendo parte de la clase alta de Santiago, un contraste enorme con lo que había sido su infancia hasta el momento, rodeada de pobreza en pueblos olvidados.

Tras graduarse de un colegio privado y católico en la capital chilena, Berlin empezó a estudiar periodismo en la Universidad de Nuevo México en Albuquerque. Durante su tiempo en la universidad se casó dos veces y tuvo a sus dos primeros hijos. Fue por esta época que empezó su alcoholismo y que tuvo varias relaciones tóxicas que sus padres no aprobaban, en especial porque ella mostraba un interés particular por los hombres mexicanos más que por los estadounidenses. Después de graduarse se casó por tercera vez, se mudó a Nueva York y tuvo otros dos hijos. Fue profesora de la Universidad de Colorado en Boulder. Tras divorciarse por tercera vez se mudó a California, donde vivió hasta su muerte en 2004. Sus problemas con el alcohol y sus divorcios causaron que tuviera que trabajar en casi cualquier cosa para lograr mantenerse y para poder criar sola a sus cuatro hijos. La vida de Berlin estuvo marcada por su alcoholismo, con el que lidió durante años y está presente en varios de sus cuentos. Sus personajes

deambulan por calles oscuras esperando al amanecer, cuando abren las licoreras, y sobreviviendo al día a día en busca de una botella. Esta aura de desasosiego se traslada también a clínicas de desintoxicación y a playas mexicanas.

A modo de una saga familiar, los personajes de sus cuentos pueden rastrearse en varios de ellos de forma reiterativa: una mujer alcohólica con cuatro hijos, una madre fría y desapegada, un abuelo dentista cruel, una hermana con cáncer terminal que vive en México. Ellos son protagonistas, testigos, simples menciones en sus cuentos. Todo parece llegar siempre a un mismo lugar: la vida de Berlin. El título del cuento que le da nombre a *Manual para mujeres de la limpieza* narra su experiencia como empleada doméstica en hogares de la clase alta en Oakland, California. Berlin hace una radiografía de las familias adineradas a través del trabajo de limpiar sus casas y conocer sus intimidades por medio de esta labor. A pesar de que nunca se queja de su trabajo, ni de cómo llegó a tener que hacerlo, el cuento no pierde su tono irónico si se tiene en cuenta que ella es de las pocas mujeres no inmigrantes y con educación superior que debe trabajar como empleada dentro del círculo de mujeres –la mayoría latinas– con las que comparte su rutina.

Si bien Berlin era estadounidense, sus cuentos están marcados por una fuerte influencia latinoamericana, dada por sus años en Chile y por una cercanía a la cultura mexicana otorgada por su tiempo en Albuquerque, sus visitas frecuentes a México y al tiempo que pasó cuidando a su hermana –que se casó con un mexicano y vivía en el DF– cuando enfermó de un cáncer terminal. Muchos de sus cuentos, escritos en inglés, incluyen palabras y diálogos en español, y todo su ambiente pareciera remitir a un pueblo del norte de México. En el cuento “Toda luna, todo año”, incluso, el epígrafe es una cita del Chilam Balam. Es así como Berlin asume el lugar de una mujer inmigrante latinoamericana en Estados Unidos tras volver de Chile: en todos sus cuentos

se relaciona con mexicanos, vive en barrios latinos pobres y se ve obligada a hacer los trabajos que hacen muchos inmigrantes en Estados Unidos.

Sus cuentos rara vez tienen un final feliz. En muchos de ellos, de hecho, se trasmite una desilusión y una soledad que recuerdan a autores del modernismo como Faulkner o Hemingway. La soledad es uno de los ejes centrales de sus narraciones, pues dentro de sus delirios provocados por el alcohol siempre prevalece la angustia por estar sola. En el cuento “Melina”, la protagonista se hace amiga de un hombre que le habla acerca de la mujer de la que está enamorado. Ella, en comparación con la relación que tiene con su marido, se siente feliz de poder tener alguien con quien hablar: “No sé por qué me casé con esos tipos callados, cuando a mí lo que más me gusta en el mundo es hablar”.

Es por esta razón, tal vez, que Berlin se muestra fascinada con la cultura mexicana. En varios de sus cuentos refuerza la extrema independencia de los miembros de su familia estadounidense y se muestra sorprendida, por ejemplo, cuando su sobrina –hija de un mexicano y criada en México– se acuesta junto a su madre enferma solo a acompañarla, sin ninguna razón diferente a esa. Del mismo modo, en “Triste idiota” afirma que “la soledad es un concepto anglosajón. En Ciudad de México, si eres el único pasajero en un autobús y alguien sube, no solo se sentará a tu lado, sino que se recostará en ti”. Esta calidez propia de los países latinoamericanos es uno de los mayores contrastes que hace que sus personajes se sientan fuera de lugar en su propio país y dentro de su familia.

Hay en sus relatos, también, una conciencia política propia de alguien que tuvo la oportunidad de conocer muchos lugares y vivir muchas vidas. A través de su literatura conocemos el lado menos amable de las ciudades, sus antros del alcohol y de las drogas, su pobreza, sus desigualdades. Berlin desdibuja

la imagen de Estados Unidos como un lugar perfecto y destruye con sus relatos el sueño americano; sus personajes se relacionan con inmigrantes que viven vidas deplorables, que son víctimas de la pobreza extrema y que se vuelven presa fácil del alcohol y las drogas. Muchos de ellos terminan en cárceles o clínicas de desintoxicación donde ella, la narradora de los cuentos, suele ser la única mujer estadounidense. De sus cuentos situados en Chile se pueden deducir las tensiones de la dictadura como telón de fondo. En su cuento “Buenos y malos”, Berlin narra la historia de una jovencita mimada estadounidense que empieza a acompañar a una de sus profesoras, también estadounidense, a misiones de ayuda en los barrios más pobres de Santiago de Chile. Al enterarse el padre de la niña, un diplomático de gran importancia, la profesora es acusada de socialista y despedida del colegio. Nunca se vuelve a saber de ella.

Los cuentos de Berlin están casi siempre narrados desde la perspectiva de una protagonista femenina. Aunque esta narradora varía de uno a otro, el punto en común que tienen la mayoría es el alcoholismo. Las mujeres de sus cuentos deben esperar el tiempo infinito que las separa del momento en que sus hijos se duermen y pueden ir a comprar una botella. El alcohol es el eje transversal de las narraciones de Berlin, pues es lo que les

da sentido a los múltiples divorcios que narra, a los centros de rehabilitación y a los trances de angustia y confusión como producto de la abstinencia. “Inmanejable”, uno de los cuentos, comienza así: “En la profunda noche oscura del alma las licorerías y los bares están cerrados”. Es curioso, aun así, que sus cuentos logren mostrar los lugares más oscuros de su mente y de su vida pasada –porque hacia el final de su vida Berlin pudo derrotar al alcoholismo–, sin que haya nunca una intención moralista. Ni la narradora ni el lector juzgan a la mujer que deja a sus hijos en la cama para caminar hasta la licorería más cercana, luego de que uno de ellos le escondiera las llaves del carro. Y desde ese lugar es que Berlin puede narrar también las tragedias de otros y nunca juzgarlos. Sus cuentos parecen estar más allá del bien o el mal.

A pesar del retrato oscuro que hace de la sociedad estadounidense y de esa enorme parte de ella conformada por inmigrantes latinos que está relegada, el tono de Berlin no es derrotista y existe en sus personajes un deseo por salir de las deplorables situaciones en las que muchas veces se encuentran. A Hemingway remiten sus frases cortas y su estilo contundente; Berlin no suaviza nada. Si bien sus relatos

transmiten desasosiego, hay en ellos también una fuerza que más que lamentarse por su destino hace una crítica de las condiciones sociales que la llevaron a estar ahí. En definitiva, Berlin no deja bien parada a la sociedad de la que hace parte, y siempre toma el lado de los latinoamericanos, con los que se siente más identificada.

Con su prosa cruda y fluida, Lucia Berlin nos recuerda una vez más lo que sucede cuando dejamos en el olvido a las mujeres. Durante años nos perdimos de esta escritora, y ella misma nunca supo qué tan buenos eran sus cuentos. Debemos leerla no solo porque su literatura es de calidad, y puede transportarnos a infinitos lugares de nuestra mente y del mundo, sino porque al leer a una mujer que parece tan lejana encontramos problemáticas con las que lidiamos todos los días. Berlin nos muestra cómo muchas veces la modernidad es la causante de que estemos tan solos, y cómo la lucha por sobrevivir en este mundo nos puede llevar a hacer cosas indignas. Si bien muchos de sus cuentos suceden en algún pueblo de Nuevo México o de Chile, perfectamente podrían estar situados en Colombia, o en cualquier otro lugar que haya sido marcado por la violencia y la pobreza, así como por las luchas que hacen las personas a diario para cambiar sus realidades.

Sin duda, Berlin es una lectura recomendada para quienes se interesan por los recovecos de la mente y por los límites a los que se puede llegar bajo presión. Al mismo tiempo se aleja de todos los estereotipos intimistas acerca de la literatura escrita por mujeres y sitúa sus cuentos en realidades políticas y sociales tangibles, que siguen estando vigentes incluso treinta años después de su escritura.